

La mujer que esperaba el Infinito.

Andrés entró en la estación. Buscó la taquilla y fue a ella directamente. Preguntó cuándo pasaría el primer tren hacia Nambia. El taquillero, muy amablemente, le dijo que andaba con la suerte, pues pararía un tren en 15 minutos, estaría parado en la estación 10 minutos, y partiría con destino a Nambia. Estupendo, dijo, amablemente a su vez. Deme un billete.

Andrés se retiró de la taquilla lentamente mientras comprobaba que todo estaba bien. Destino correcto, hora, la anunciada... Vale. Así que guardó con cuidado y atención su billete, y se dispuso a esperar un ratito.

Se encontraba tranquilo, sin preocupaciones, y ojeó la sala de espera. El ambiente no era muy acogedor. Había 6 ó 7 personas pretendiendo dormir sin conseguirlo, y con aspecto de evidente pobreza. Siguió caminando según sentía la cosa, sin pensar, y fue a dar a la salida al andén. Miró por allí. Se respiraba paz. Era una pequeña estación de ferrocarril como de los años 20, en algún punto de alguna línea.

En el andén, y teniendo por respaldo la pared de la estación e instalaciones anexas, había unos bancos amplios, bastante largos. Los cuatro estaban vacíos a excepción del último de la izquierda, en el que una mujer estaba sentada cerca del extremo de allá. Se acercó despacio y se sentó cerca del otro extremo del mismo banco.

Carraspeó y dijo. Perdón, ¿espera usted el próximo tren a Nambia?

Esta mujer ya le había causado a Andrés una señal de alarma. Lo que pasa es que tal señal fue muy indeterminada, y Andrés no pudo encontrar nada alarmante en esta mujer. Ciertamente que tenía su rostro vuelto hacia allá, que su postura era un poco de envolvimiento en su abrigo, cuando no hacía calor, pero tampoco frío. El abrigo indicaba que esta mujer no era rica, pero tampoco pobre. Era de algún pelo negro, ceñido, y asomaba algún tipo de pluma negra y gris por todos sus bordes. Además vestía un sombrero de la misma hechura, y unas botas negras, también ceñidas, muy comunes, con cremallera y tal.

La mujer volvió su antes escondido rostro hacia Andrés, despacio, sin interés. Dijo: “No, no espero ningún tren. Espero el Infinito” Y regresó a su postura anterior, también sin ninguna prisa.

Andrés no tuvo reacción a esto, en principio. Más bien se produjo en él un vacío perceptual, aunque luego y siempre recordó cada detalle de la escena. Esa experiencia no encajaba en ningún comportamiento recogido en el catálogo de su vida. Un escalofrío recorrió su espalda. Miró al otro lado, un banco vacío, más acá. Se volvió sin causa real, pues ni él sentía el impulso de despedirse, ni la mujer esperaba despedida ni ninguna otra cosa pero, vaya, la mujer no estaba allí.

Claro, una persona racional en tal situación habría comprobado si había alguna puerta o trampilla por la que la mujer hubiera podido desaparecer en los dos segundos que duró la prospección de otro sitio donde sentarse. A Andrés ni se le pasó por la cabeza comprobar nada. Simplemente, agarró su equipaje con fuerza y se fue, no al banco considerado, sino dentro, en la sala de espera en presencia de otras personas. Necesitaba esta presencia ahora, aunque realmente no tenía miedo.

La mente de Andrés estaba casi vacía. No estaba relajado y tranquilo, pero tampoco excitado o inquieto. Simplemente no tenía ni idea de lo que estaba pasando y no había modo en el que pudiera hacer un análisis o valoración, o algo así. Afortunadamente el tren llegó a su hora, se produjo un poco de actividad mundana, de ires y venires, comprobaron algún asunto mecánico del tren, todo estuvo bien, y Andrés partió rumbo a Nambia.

Cuando esto ocurrió, Andrés era un hombre joven, contaba con apenas 30 años de edad, y murió a los ochenta y tantos, de cáncer o algo así, no importa. Su muerte se produjo entrado el siglo XXI ya, o sea, que Andrés llegó a conocer el principio del Fin del Mundo. Sí, vale. He dicho que la estación era como de los años 20, pero era su aspecto, no la fecha del suceso.

Andrés vivió una vida normal. Trabajó a cambio de dinero, es decir, se prostituyó como modo de estar en el mundo pero, siendo así que todo el mundo lo hacía, no se dio ni cuenta. Se sometió a todo tipo de vejaciones y humillaciones, como ir marcado con un número de identificación que garantizaba su sumisión y sus derechos. Sí, de su prostitución no se daba cuenta, sin embargo esto sí lo sentía pero, ¿qué iba a hacer?

El caso es que Andrés dio muchas vueltas a su experiencia con la mujer que esperaba el Infinito, aunque no de modo obsesivo, sino que su mente iba a ello cuando se relajaba y no tenía nada en qué pensar, con una frecuencia muy irregular pero asumible a dos o tres veces por año. Incluso le provocaba sueños.

Si bien su actitud emocional hacia esta experiencia era pobre e indefinida, los sueños que inducía eran angustiosos, con sensación de condena. En esos sueños todo iba desapareciendo en

oportunidades que se descartaban y no volvían, y el mundo se empobrecía sin que se viera el final.

El problema de Andrés, aunque él no lo sabía, es que no tenía una idea del mundo suficientemente amplia para encontrar si quiera por dónde empezar a investigar. No sabía si esa mujer era el Diablo, o un fantasma, o una extraterrestre... Todas estas cosas le quedaban a Andrés fuera de las matemáticas, y ahí es todo especulación, no podía avanzar porque no podía empezar.

Ahora bien. Había algo que Andrés sabía de cierto. Algo de lo que jamás dudaría ni dudó nunca. Algo que era absoluto y rotundo. Era algo a lo que siempre podría volver para empezar de nuevo... Claro que, por supuesto, Andrés no sabía expresarlo en palabras. Lo voy a hacer yo por él aquí y con su permiso: ¡¡No se puede esperar el Infinito!!

Estoy seguro de que el lectorx está pensando ya en lanzarse a luchar por la vida, a hacerse un hueco en el mundo a como dé lugar; o a salir a buscarse la vida, como decíamos lxs jóvenes drogatas en mis tiempos. Ah, no, que no estás entendiendo. Bueno ya entenderás, no te preocupes... Siempre que te alcance el tiempo.

No, no es eso. Primero, quede claro que no hay ningún problema en salir a buscar la experiencia, la vidilla, por decirlo de algún modo, faltaría más. Ciertamente la cosa tiene sus peligros pero, qué carajo, también se puede arriesgar, eso cada cual. Ahora bien, lo inteligente realmente es esperar. O sea, que la mujer de la estación tenía su postura asentada en un principio cierto, “Esperar es lo más acertado”.

Cuando se espera, no hay prisa. No debería haber prisa en ningún caso... bueno, se me ocurre uno, pero no voy a entrar en eso aquí. Ahora, las cosas van llegando, poco a poco al principio. Se examinan, se comprenden, se toman o se dejan, se desarrollan o se abandonan o se recuperan o se abandonan por fin... Vamos, que se vive la experiencia, se aprende de ella y, el mismo conocimiento va abriendo las puertas a una búsqueda acertada, etc., etc. Todo esto lo guía la satisfacción, como un niño que juega. No le des más vueltas.

El error de la mujer que esperaba el Infinito estaba en el punto más delicado del asunto, naturalmente. Cuando se espera, no se puede esperar nada... Bueno, sí. Si te han prometido traerte el bocadillo, puedes esperar el bocadillo. Y si el bocadillo se retrasa y te entra hambre, con más razón, incluso preocupación. Sin embargo, dentro de la espera del bocadillo, y en cualquier búsqueda, tiene que estar presente la espera de nada. Sólo de este modo se puede examinar lo que llega con tranquilidad, sin miedo, y se puede aprender y eso.

Y esto es así porque si esperas algo, en vez de examinar lo que llega, saborearlo..., elaboras el procedimiento para saber si es o no lo que esperas, y si no pasa el control de calidad, lo descartas sin comprender, ni si quiera saborear. Tu mundo se va empobreciendo, y llega un punto en el que descartas todo porque estás ya segura de que nunca llegará lo que esperas.

Entonces, la mujer que esperaba el Infinito estaba acertada en este punto, sólo que se hacía un lío espantoso y en vez de esperar nada, se puso a esperar la Nada. Y en vez de examinar, saborear y disfrutar lo que llegaba, y aprender y obtener satisfacción de sus experiencias, sinsabores y disgustos también, lo que hacía era descartar todo sin excepción, segura de que allí no estaba la Nada.

Claro, Andrés no podía hacer un análisis o valoración de esto. ¿Qué iba a hacer?, ¿tirar de la psiquiatría y decir que esta mujer padecía esquizofrenia simple y sólo cabía torturarla? ¿Tirar de la religión y decir que esta mujer era de creencia y práctica budista, que estaba extinguiendo su ser para entrar en el Nirvana, y que sólo cabía enseñarle a sonreír? O, no sé. ¿Quizá la filosofía y argumentar que la mujer que esperaba el Infinito estaba representando el drama de que no puede surgir nada de la Nada? Bueno, esto último tiene su gusanillo. ¿Pero qué es lo que hay que comprender?

Vamos a ver. Andrés no era tonto, había estudiado la enseñanza media. No se había enterado de nada, pero había aprobado los exámenes, o sea, que no era tonto. Pero tampoco tenía conocimientos técnicos de diagnóstico o evaluación mediante parámetros que pudieran darle pistas de que estaba descartando con bases científicas. No, Andrés no era tan tonto.

Simplemente, después de haber saboreado aquello por más de media vida, era amargo y dulce a la vez, aunque él no podía elegir no pensar en ello... Pues resulta que cuando se acercaba ya su muerte y no podía esquivar por más tiempo el pensar en ella, experimentó lo que se llama el Canto del Cisne, y tal maravilla se prolongó por 2 meses y pico. Tuvo suerte aquí.

El Canto del Cisne es lo más dramáticamente gracioso. Resulta que habiendo pasado la vida esquivando por todos los medios pensar en la muerte, cuando la muerte llega, se experimenta claridad, gozo, maravilla, se comprenden muchas cosas, se vive en paz... “Vale, pues ahora quiero vivir”. No, ya no. La muerte llega, colega.

En su delicioso Canto del Cisne, Andrés comprendió la escena de la mujer que esperaba el Infinito. Hombre, no completamente, por supuesto, la comprensión nunca puede ser total.

Basó toda su organización del asunto en esa piedra sólida: No se puede esperar el Infinito. Entonces, como esto no era algo que él hubiera deducido de nada, supo, de cierto también, que la mujer que esperaba el Infinito no esperaba el Infinito, sino que se traía otra cosa.

Ahora bien. La actitud de la mujer que esperaba el Infinito no era la de quien hace una inversión: Ella no esperaba nada de la Nada, y como no podía estar tramando nada, ni podía estar esperando el Infinito, Andrés no comprendió aquí. No descartó nada y prometió a su línea de argumentación que volvería sobre ella.

Pensó por otro lado. Borró todo lo que sabía sobre el asunto, al fin y al cabo no le fue difícil, apenas sabía nada. Presentó la imagen del suceso a su mente y sintió aquello. Claro, aquí la escena del núcleo del suceso no está aislada, sino que pasó por una sala de espera con ambiente de pobreza, y volvió a ella. ¿Qué tal si contemplamos a esta mujer que esperaba el Infinito, no como un caso singular y extraño que se coló por casualidad en el continuo espacio tiempo, sino como un suceso real que encaja en toda una escena?...

Sí, sí, por aquí va la cosa, pensó Andrés, y siguió mirando sin comprender. ¿Qué tal si no buscamos la explicación del suceso en el futuro del suceso, sea inmediato o remoto, pues allí parece que no hay nada, y contemplamos el presente de la escena?: La mujer que esperaba el Infinito estaba prácticamente extinguida. Sí,

respondió la pregunta de su interlocutor, pero es que no podía extinguirse totalmente, aún no le había llegado la hora.

O sea que, simple y llanamente, la mujer que esperaba el Infinito estaba negándose a vivir aquí y ahora, en la escena.

Vale, muy bien. Eso encaja con el contexto del suceso. ¿Estarían aquellas pobres personas de la sala de espera negándose a vivir aquí y ahora? Vaya, pues parece que sí.

Andrés no era tonto, ya digo. Y sabía muy bien, como todos los seres humanos sabemos sin duda, que la Tierra puede albergar a toda la humanidad en bienestar, armonía y sostenibilidad ecológica en diversidad. Si no tenemos esto ya, es que la humanidad está negándose a vivir aquí y ahora.

Genitaludo, pensó Andrés. Me estoy muriendo, y estoy descubriendo el pastel humano. Sin embargo, sigo sin entender... Y se partió de risa.

No, vamos a ver. Lo que no terminaba de entender Andrés es qué ganaba quién en esta maniobra. Y dado que todxs sabemos que no hay nada en la Nada, nadie puede ganar nada en esto, y todxs lo sabemos. Andrés prefirió no comprender aquí por el momento.

Recapituló su investigación, y lo hizo muy despacio porque tenía mucha prisa, se estaba muriendo. Aquí el asunto es que todos los razonamientos han sido directos, con base sólida y sin tomar nada de fuera. Andrés no había discutido si tal religión es más acertada, o si tal partido tiene un programa más realista que el otro... no, nada, sólo la escena con unas pocas frases, y una de ellas demoledora: “Espero el Infinito”.

Claro que quizá sea el momento de tomar algo de fuera... de fuera de la escena, digo, fuera fuera no hay nada, o sea que nada está de más. Sin embargo, no es cuestión de tomar elementos al azar, eso sería esperar el Infinito. No. A mí me gustaría saber antes de morir. Aunque no importa realmente, desde luego. Y pasaron unos días.

Andrés se olía algo muy sucio, pero él era un hombre de mundo, conocía el movimiento hippie, sabía de los intentos de cambiar el mundo que al ser obligados a participar en la guerra, se convirtieron en guerra o fueron derrotados. En fin, Andrés había... bueno, no tanto conocido, sino sabido de las ganas de los seres humanos de... Vale, vale, no adelantemos acontecimientos. Andrés quería saber de verdad, otra cosa no le servía ya. ¡Se estaba muriendo, carajo! No podía tomar por cierto nada que hubiese comprendido en el pasado, ni ahora mismo. Y no cometería la estupidez de sacar conclusiones precipitadas.

Sí, el movimiento hippie, las rebeliones sociales... Pero el ser humano no es ya una estúpida especie en la que sólo importa la especie y el individuo es un magnífico ejemplar. No. Aquí ya el que vive es el individuo. Así que Andrés fue haciéndose a la idea de investigar el individuo. ¡Qué problema! ¿A quién tomaría como conejo de indias? Ya digo que Andrés era tonto. Tardó dos preciosos días de su vida pensando quién sería la persona adecuada y cómo sería la cosa. Nada, no le daba tiempo.

Andrés se estaba emborrachando de sí mismo, y no se veía a sí mismo. Ya se creía un Sherlock Holmes con el caso esperado por todo investigador. Así que se tomó un descansito.

Claro, tonto. El mejor individuo que Andrés podía estudiar era él mismo. Al fin y al cabo, lxs investigadorxs toman a otras personas

en sus investigaciones, no ya por tener noticias de distintos casos, sino para evitar mentirse a sí mismxs. Como Andrés se estaba muriendo, no podía mentirse a sí mismo. Ese inconveniente no existía.

Por otro lado, daba igual estudiar un individuo u otro, pues todos los individuos están en el ajo. El mismo Andrés también, por supuesto. Andrés se dejó de buscar culpabilidades y, al hacerlo, supo que su sujeto era el fiable y el más adecuado, pues a él mismo se conocía un poco, y él conocía y había conocido a muchas personas. Mejor que mejor. Y volvió a partirse de risa.

Fastidiosamente seguía riéndose y no podía elaborar un plan de estudio. Además, no le daba tiempo a hacer eso pero, como su risa la estaba provocando ya la recapitulación de su vida, cosa muy lógica en un moribundo, y sus recuerdos se estaban arreglando de algún modo mágico, no porque cambiaran sus intenciones en aquellas ocasiones, sino porque significaban otra cosa, y siempre algo más, pues siguió riéndose.

Aquí se presentó un problema, y es que la risa cansa mucho. A esto se sumó que, como se lo estaba pasando tan bien, le costaba bastante dormir y, aunque las pastillas que tomaba eran fuertes... bueno, se iba apañando.

Entonces, entre carcajada y carcajada, y luego al quedarse dormido, dio con el asunto. Efectivamente, la cuestión es cuándo cómo y por qué el individuo comienza a esperar el Infinito.

Naturalmente. Esto se representa en todas las culturas, es la comunión. Andrés recordaba un poco la suya. Lo vistieron de almirante después de haberle reunido unas pocas veces en la parroquia donde les dijeron que estaban adquiriendo un

compromiso con... con todos los seres humanos..., y no sé qué de un Dios. Claro, Andrés era niño, pero no tonto. No se le ocurrió preguntar si se podía rechazar ese compromiso. No comprendía qué era Dios, pero comprendía que eso no se lo iban a admitir. No me refiero a que no le admitirían la renuncia al compromiso, sino que no le habrían permitido haber hecho esa pregunta. Qué asunto tan peligroso.

Andrés era consciente de que había corrido un enorme peligro en su comunión y, para colmo, hicieron una fiesta para celebrarlo. Pero comió de la tarta, claro, ¿qué iba a hacer? No comer de ella le habría delatado.

Andrés había comprendido. Ya está, ya se podía morir tranquilo. Y se emborrachó de nuevo, esta vez como poeta que ha cobrado. Los seres humanos no somos culpables de haber caído en la trampa del Infinito, pues no es ya que cayéramos, sino que nos metieron en ella de modo, más que obligatorio, sin poder si quiera expresar aquello bajo pena de fuerte tortura. Punto. Apaño.

Ah, no, carajo, porque entonces cualquiera de los cristos podría haber tenido éxito, pues al saber esto, se acabó el compromiso. Ese contrato no puede ser válido ante ningún tribunal de justicia, arrancado a unx niñx sin opción de comprender lo que estaba haciendo en esa ceremonia a la que no podía faltar.

Entonces habrá que introducir más elementos. Está el aprendizaje. Si se ha vivido esperando el Infinito, pues no se sabe examinar lo que llega y, ¿cómo se aprende rápido? ¿Me faltará la comida?... No, estamos hablando de la renuncia a la Existencia, ningún argumento sirve. No hay ningún razonamiento que conduzca a esperar el Infinito.

Tampoco sirve que a los seres humanos les dé vergüenza ser los primeros en romper el silencio, aunque tal es el propósito de la educación, convertirnos en vergonzosxs estúpidxs ignorantes.

No, no, no. Aquí no hay intencionalidad. Esto no pretende nada.

¡¿Será posible?! Andrés falleció. Nada, estaba agotado ya, el corazón no daba abasto, el hígado que patatán, fallo multiorgásmico, y al hoyo.

Una pena. No para él, en cuanto a él respecta ya da igual. Él ya no existe, y lo que pasó en su vida ya no importa. No llegó al final, pero eso él ya no lo sabe. No existe.

Bueno, estuvo bien atendido en su agonía. Tuvo oportunidad de charlar un poco de sus descubrimientos. No hubo problema, no lo lincharon, se estaba muriendo. Eso lo explican ya lxs psiquiatras. Tiene nombre: “El Canto del Cisne”. No es motivo de preocupación, con no entender lo que dijo basta.

En fin, lo despidieron bien, apreciaron su persona y su pérdida, y ya está. Asunto concluido.

Vale, pues como yo sélo que Andrés habría descubierto en tan solo 2 ó 3 días, vamos, que lo estoy averiguando, aunque siempre lo supe, al igual que tú, pues te lo voy a decir.

Lo tenía ya a huevo Andrés.

Resulta que tenemos una escena en la que una persona nos dice que espera el Infinito. En el futuro de esa escena no hay nada, allí no se puede encontrar la razón a esta actitud. En el pasado sí hay información, de hecho, lo explica todo y, sin embargo, a pesar de

la explicación, la incongruencia persiste: No hay nada que le podamos decir a esa persona que le haga desistir de su actitud.

Yo creo que la cosa está clara. Así que hay que volver al principio de la investigación. Pero no vamos a dar otra vuelta a lo loco descubriendo las mismas cosas, como hacen lxs investigadorxs. No, no, vamos ya por la Gran Vía Ascendente. No nos perdamos en compasiones. Tenemos que sentir la escena mismita en la que la mujer pronuncia las palabras: “Espero el Infinito” ¿Qué significa eso mientras lo dice? No nos perdamos. Ya sabemos que ella sabía en ese momento que no se puede esperar el Infinito. Y sabemos que ella sabía en ese momento que estaba renunciando a la Existencia en ese momento. Y sabemos que ella sabía que con su actitud nadie ganaría absolutamente nada, sino que todxs perdemos la Existencia, lo que no tiene ninguna importancia, después de todo, la íbamos a perder en cualquier cas... ¡Basta!, ¡basta! ¡¡Esta tía tiene una rabieta!! ¡¡¡Nada más!!!

Ay, lo que se habría reído Andrés al descubrir esto. Pues lo que me estoy riendo yo al descubrirlo. Yo no lo sabía. Al empezar a escribir este... lo que sea esto, sospechaba que lo iba a decir, pero no sabía qué era. Hombre, de haberlo sabido se lo habría dicho a Andrés antes de que muriese, no iba a ser tan... Éstas son las cosas que llegan.

Vale, comprendido pero, ¿qué le digo yo a esta mujer o, cómo se lo digo para que el problema desaparezca y empiece a esperar nada en vez de esperar la Nada y pueda examinar, saborear, comprender... si la humanidad ya decidió y firmó con su sangre no considerar nada que pudiera hacerle comprender su vacía rabieta?

Ahora sí que me parto de risa. No, si después de todo me voy a morir yo también sin resolver el problema. Claro que, entonces el problema no está resuelto realmente. ¿O sí y lo que pasa es que existe la posibilidad de que la humanidad elija la renuncia a la Existencia antes que cambiar de humor y examinar aquello que se le ofrece? Después de todo, la muerte no es tan terrible. Y hay que considerar que sin la muerte no habría vida. Así que no se puede elegir, ¿a quién le vas a reclamar? Tampoco pediste nacer, pero aquí estás. Bueno, ¿qué eliges? ¿Suicidarte enfadadx porque no te conceden la inmortalidad?, ¿o disfrutar la vida mientras existas?

Ela lectorx estará pensando. O sea, tú estarás pensando: Bueno, este tío lo ha conseguido, es el Anticristo, no hay duda (El Anticristo es el cristo del Fin del Mundo, el que deshace el entuerto humano. Lo que Nostradamus llama Anticristo es un mesías. Ver el documento “Mesías versus Cristo”, en esta misma web). Pues que se siente a esperar el Infinito como todos y que se deje de tonterías. Ya no tiene más que hacer, ya no le puede llegar nada, puede descartar todo seguro de que allí no está la Nada.

No es así la cosa. Para empezar, yo muchas veces he creído haber llegado al final, haberlo descubierto todo ya, y una y otra vez ha llegado más. No voy a ser tan estúpido de caer más veces en tal estúpido error. No, seguiré viviendo tu rabieta.

No, no, no. Esto no es solo una simple y vulgar Rabieta. Aquí hay algo más. La Existencia es única y no se puede renunciar a ella por un simple enfado, eso no tiene sentido. Tenemos que volver a empezar.

Los razonamientos hasta aquí han sido ajustados a la lógica y directos, no hay error, pero tiene que haber algo más, algo horroroso que Andrés no quiso descubrir en primera vuelta. Algo

que explique la tremenda criminalidad humana. Una criminalidad que llega a niveles brutales, como el comportamiento de los nazis o el obligar a unx niñx a aprender, algo monstruoso, algo que lleva al Ser Humano a odiar la vida al punto de destruirla hasta la Muerte Total del Planeta. Algo muy gordo.

Veamos. Tenemos que volver al principio, a la primera reflexión de Andrés, la que abandonó prometiendo que volvería a ella. Recordemos: “La actitud de la mujer que esperaba el Infinito no era la de quien hace una inversión: Ella no esperaba nada de la Nada, y como no podía estar tramando nada, ni podía estar esperando el Infinito...” Entonces, la actitud humana ante la Muerte tiene que ser un error, un error macabro que le lleva a buscar la muerte cuando sabe que la Muerte no es nada, que es la Nada.

Bien, echemos un vistazo a la Religión. ¿Qué se supone que gana el Ser Humano al buscar la muerte? Tiene que ser algo que se repita mucho en las religiones, y que se gane mientras aún se vive, o sea, que se crea que se gana, pues al buscar la muerte se pierde la vida en vida. Es un error tremendo que lleva a la brutalidad de matar y torturar hasta el extremo que llegaron lxs nazis... ¿Y qué sentían los nazis al hacer esto...? ¡¡Se sentían Todopoderosxs, carajo!! ¡Quemar niñxs vivxs es Todopoderosismo, y solo se puede hacer sabiendo que la muerte es Total y buscándola con desesperación! ¿Qué expresión se repite más en las ceremonias religiosas?: “Dios Todopoderoso”. El Ser Humano firma un Pacto con la Muerte: A cambio de negarse a vivir, obtiene Todopoderosismo, es decir, poder cometer cualquier crimen por grotesco que sea.

Me cago en su padre. Claro, Andrés no pudo imaginar una criminalidad a tal extremo en el Ser Humano... Pero, vamos a ver.

Esta actitud no puede ser directa, pues no gana nada realmente, y lo sabe, tiene que haber otro error, es decir, un error que origine este error tan tremendo, error sobre error. Sigamos pensando.

Busquemos menos culpabilidad en el Ser Humano. Ya sé. Tengamos presente, como consideraba Andrés en cierto punto de su investigación, que el individuo no elige este camino, sino que se encuentra el follón montado cuando nace y crece. Entonces, procuremos argumentar, lo que suena muy bien, que el individuo intenta salir de esta trampa en la que se ha metido el Ser Humano como conjunto. Para ello necesitaría comprender, es decir, darse cuenta de lo que está pasando. Sin embargo, este “darse cuenta” supone delatar la criminalidad humana, él o ella incluidx, y quedar fuera de ese conjunto, perdiendo todo lo que es, toda su identidad como ser humano. Esto es la *muerte*, en cursiva, también recogida en todas las religiones, de un modo u otro.

La *muerte*, en cursiva, es el fundamento de las religiones orientales, la Reencarnación o *muerte/renacimiento*, en cursiva, aunque religiosamente se considera sin cursiva. Y también está en las occidentales monoteístas como segunda muerte, de la que se libraría el muertx si supera el juicio de Dios, al cumplir sus mandamientos, o sea, al cometer sus crímenes en nombre de Dios, y estaría salvadx.

Vale. Ahora sí tenemos el problema resuelto. El individuo busca la *muerte*, en cursiva, para salir de su criminalidad, pero yerra, por no salir del rebaño y por inhabilidad, y se encuentra buscando la muerte. Esto es, la Humanidad cayó en la Trampa del Infinito por una mezcla de doble error y culpabilidad propiciadas por el relevo generacional, es decir, al morir unxs y nacer otrxs se pierde de vista el problema, y ya no se encuentra el camino de regreso, entonces tiene que ir hacia adelante. Y por doble error y

culpabilidad se mete más y más en la Trampa al intentar salir, hasta el Fin del Mundo en el que nos encontramos, en el que se presenta la oportunidad de comprender, es decir, de “darse cuenta”, de *morir*, en cursiva. Y entonces podemos vivir realmente mientras vivamos, lo que es el Paraíso.

Solo falta un detalle, y es saber por qué la oportunidad está en el Fin del Mundo y no antes. La respuesta incluye un asunto más. Todxs sabemos que el Infinito no existe. Sin embargo, el Todopoderosismo de negarse a vivir parece Infinito, y es este supuesto Infinito a lo que se agarra el Ser Humano para no *morir*, en cursiva. Ahora bien, se agarra a este Infinito dejando pendiente el Fin del Mundo, por esto se entierra con una señal. En el Fin del Mundo ya no tiene este recurso y, cuando empiece la hambruna y no pueda seguir negando que está en el Fin del Mundo, su Todopoderosismo se vendrá abajo porque estaba apoyado en su disposición a morir renunciando a todo, pero aquí no podrá renunciar a comprender, no tendrá nada a lo que agarrarse. O acepta la Vida, o sufrirá una agonía espeluznante y por largo tiempo. El Infierno mismo.

Esto es, sí. Ahora está completo el puzzle de la Humanidad, está explicada la miseria y la criminalidad humana hasta el final. No me extraña que Andrés no quisiera descubrir esto, no en primera vuelta, después sí, pero murió antes, una pena.

Qué alivio saber por qué nunca nadie cede en una discusión, sino que muere antes. Bueno, el Muro está derribado, solo falta que todxs lo sepamos y lo realicemos.

Un recuerdo para Andrés.

Jesús Estrada. www.nuevaera.info